

es más preciso tener máscaras que sala donde colocarlas. Algun ciego alquilado para toda la noche, como la araña y la alfombra, y para descansarle un piano, tan piano que nadie lo consiguió oír jamás, eran la música del baile, donde nadie bailó. Poníanse, sí, de vez en cuando a moda de parejas la mitad de los concurrentes, y dábanse con la mayor intención de ánimo sendos encontrones a derecha e izquierda, y aquello era el bailar, si se nos permite esta expresión.

Mi amigo no encontró lo que buscaba, y según yo llegué a presumir, consistió en que no buscaba nada, que es precisamente lo mismo que a otros muchos les acontece. Algunas madres, sí, buscaban a sus hijas, y algunos maridos a sus mujeres; pero ni una sola hija buscaba a su madre, ni una sola mujer a su marido. "Acaso, decían, se habrán quedado dormidas entre la confusión en alguna otra pieza... —Es posible, decía yo para mí, pero no es probable."

Una máscara vino disparada hacia mí. "¿Eres tú? me preguntó misteriosamente. —Yo soy, le respondí seguro de no mentir. —Conocí el dominó; pero esta noche es imposible: Paquita está ahí, mas el marido se ha empeñado en venir; no sabemos por donde diantres ha encontrado billetes. —¡Lástima grande! —¡Mira tú qué ocasión! Te hemos visto, y no atreviéndose a hablarte ella misma, me envía para decirte que mañana sin falta os veréis en la Sartén... Dominó encarnado y lazos blancos. —Bien. —¿Estás? —No faltaré."

"¿Y tu mujer, hombre?" le decía a un ente rarísimo que se había vestido todo de cuernecillos de abundancia, un dominó negro que llevaba otro igual del brazo. "Durmiendo estará ahora; no hay otra más enemiga de diversiones. —Así descansas tú en su virtud: ¿piensas estar aquí toda la noche? —No, hasta las cuatro. —Haces

bien." En esto se había alejado el de los cuernecillos, y entreoí estas palabras: "Nada ha sospechado. —¿Cómo era posible? si salí una hora después que él... —¿A las cuatro ha dicho... —Sí. Tenemos tiempo. ¿Estás segura de la criada? —No hay cuidado alguno, porque..." Una oleada cortó el hilo de mi curiosidad; las demás palabras del diálogo se confundieron con las repetidas voces de ¿Me conoces? Te conozco, etc., etc.

¿Pues no parecía estrella mía haber traído esta noche un dominó igual al de todos los amantes, más feliz por cierto que Quevedo, que se parecía de noche a cuantos esperaban para pegarlos? "¡Chis! ¡Chis! Por fin te encontré, me dijo otra máscara esbelta asiéndome del brazo, y con una voz tierna y agitada por la esperanza satisfecha. ¿Hace mucho que me buscabas? —No por cierto, porque no esperaba encontrarte. —¡Ay! ¡Cuánto me has hecho pasar desde anoche! No he visto hombre más torpe; yo tuve que componerlo todo; y la fortuna fue haber convenido antes en no darnos nuestros nombres, ni aún por escrito. Si no... —¿Pues qué hubo? —Qué había de haber? El que venía conmigo era Carlos mismo. —¿Qué dices? —Al ver que me alargabas el papel, tuve que hacerme la desentendida y dejarlo caer, pero él le vió y le cogió. ¡Qué angustia! —¿Y cómo saliste del paso? —Al momento me ocurrió una idea. ¿Qué papel es ese? le dije. Vamos a verle; será de algún enamorado: se lo arrebató, veo que empieza querida Anita; cuando no vi mi nombre, respiré; empecé a echarlo a broma. ¿Quién será el desesperado? le decía riéndome a carcajadas. —Veamos; y él mismo leyó el billete, donde me decías que esta noche nos veríamos aquí, si podía venir sola. Si vieras como se reía. —¡Cierto que fue gracioso! —Sí, pero, por Dios, don Juan, de éstas, pocas." Acompañé largo rato